

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José Luis García Delgado

He de comenzar mis palabras, mis breves palabras, con una expresión de agradecimiento: agradecimiento a quienes hoy nos presiden —y presiden la Real Academia, presidente y vicepresidente— por su generosa acogida a la propuesta que les formulé hace algunas semanas para convocar este acto de presentación; no sólo aprobaron la iniciativa, sino que ambos se brindaron de inmediato a aportar sus respectivas intervenciones. Muchas gracias.

Éste es, por lo demás, el lugar apropiado, el lugar natural, cabe decir, para hablar del libro que presentamos, pues se trata de la obra de un académico sobre académicos, y en un doble sentido de la expresión: el autor forma parte de esta Corporación —como académico correspondiente, aún correspondiente, me gustaría añadir— y las páginas del libro discurren sobre las aportaciones de economistas que en su día fueron profesores en las aulas universitarias y, algunos, miembros también de esta casa, cuando la Real Academia, que ya ha celebrado sus primeros 150 años, iniciaba su recorrido.

Tengo, pues, motivos para sentirme ahora feliz. Este acto es la mejor culminación de los días del verano de 2008 que dediqué a leer una primera versión de la obra que presentamos. Manuel Martín me había hablado desde tiempo atrás de su empeño; por eso, cuando tuve delante de mí aquella versión inicial, no me sorprendió encontrarme ante sus casi 800 apretados folios: era un trabajo de investigación de largo aliento, cuya gestación había requerido años enteros. Pero sí me asombró el sostenido calado analítico e interpretativo de tan ambicioso ejercicio investigador y el firme pulso estilístico de todas las páginas, con esa decidida apuesta por la sobriedad y la concisión expositiva que no es sino expresión de maestría, de excelencia. Conocía otras obras del autor, desde su adelantada *Azúcar y descolonización* hasta la historia de la Gran Vía granadina que publicó por primera vez hace casi

treinta años, uno de los libros más originales y logrados sobre historia contemporánea española escritos en los últimos decenios; así como sus espléndidos estudios sobre el pensamiento económico español, algunos de ellos incorporados a distintos volúmenes de la obra dirigida por quien fuera nuestro presidente y da nombre a este Auditorio, Enrique Fuentes Quintana. Conocía —repito— esos títulos anteriores de Manuel Martín, y, por tanto, podía esperar del nuevo texto el alto nivel de contenido y forma que son distintivos del hacer del autor. Por eso, si hablo de asombro no es para aludir a súbito descubrimiento o a algo que llega imprevistamente, sino como sinónimo de admiración ante la plenitud creativa que revela este libro que hoy presentamos.

Haberlo podido manejar desde temprana hora, cuando aún no se había cerrado del todo, tener luego ocasión de comentar con Manuel Martín su título y sistemática, disponer incluso, más tarde, de la oportunidad de supervisar algunas fases de las labores impresas y, finalmente, compartir con uds. esta presentación, son todos motivos para sentirse satisfecho. Aquí desemboca felizmente lo que comenzó en aquellos días del agosto asturiano de 2008.

* * *

Diré a continuación algo más sobre el autor. Haberme involucrado en cierta medida en la fase final de la obra, tal vez me resta perspectiva para enjuiciarla; en cambio, conocer a Manuel Martín desde hace más de un cuarto de siglo —desde la primavera de 1984, exactamente, en el marco de un encuentro universitario en Sevilla—, y haber seguido con atención su trayectoria académica y profesional, me coloca en buena situación comparada en esta mesa para valorar su modo de trabajar y de vivir. Tres rasgos destacan —me parece a mí— en el trabajar y el vivir de Manuel Martín.

Primero, sabiduría, conocimiento profundo de diversos campos de la ciencia y el arte. El repaso de las páginas de los libros de Manuel Martín, donde se combina el análisis económico y la historia de las ideas, la historia de la técnica y del urbanismo, Derecho y Arquitectura, historia económica e historia del arte, revela palmariamente, en efecto, un grado muy alto de autoridad intelectual. Es un caso no poco singular, ciertamente, entre nosotros. Tenemos historiadores económicos que se interesan también, para dar cabal sentido a sus interpretaciones, en la historia de la técnica, pero pocos de ellos, en mi opinión, han combinado tan sistemática y fructíferamente ambas dimensiones del saber histórico como lo ha hecho Manuel Martín. Y tenemos también economistas que se mueven con cierta holgura en el dominio de los estudios urbanísticos, pero no conozco obras mejor conseguidas que las de Manuel Martín a la hora de conjugar las diferenciadas aportaciones

de esos campos: la economía, la arquitectura, el planeamiento urbano y la historia del arte. Una capacidad combinatoria poco común. Lo prueban, y fehacientemente, las páginas de sus libros; lo prueba su biblioteca particular, que por fortuna frecuente; lo prueba la restauración que ha hecho del Carmen del Almirante en El Albaicín granadino; lo prueba también su conversación, con algo que no siempre es atributo de los que más saben: sencillez, la sencillez y esa modestia que es casi pudor de mostrar todo lo que se conoce de un tema para no incomodar al interlocutor. Un hombre sabio.

Pero lo es también por su conducta prudente —en el más hondo sentido de la expresión— en la vida y en los negocios, en la cátedra y en el desempeño de las responsabilidades de gestión empresarial que ha asumido en unas u otras ocasiones. La conducta prudente de un hombre honrado, ese tipo de conducta que está hecha de moderación, de sobriedad, de buen criterio, la que consigue armonizar sensibilidad y razón, justo lo que predica esa vieja actitud cardinal hoy con poco reclamo que es la templanza, esto es, fortaleza del espíritu, la honradez consigo mismo del hombre que lo es también con los demás.

Es, en fin, Manuel Martín, un hombre generoso como muy pocos he conocido en mi vida, que ya no es corta. Generoso de su tiempo y su saber. Generoso con sus afectos y también con sus bienes materiales. Lo ha sido con sus mayores y lo está siendo con sus hijos, al igual que lo ha sido y lo es su mujer, Lile. Lo es constantemente con sus amigos. Puedo dar testimonio de ello.

